

Breve introducción a la formación de un espíritu científico para un Comunicador Social y Periodista

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

Artículo recibido el 5 de abril 2017, aprobado para su publicación el 25 de Mayo de 2017

Resumen

La comprensión de la realidad contemporánea requiere más periodistas que ayuden a superar el vacío que hay entre el conocimiento científico y las sociedades. Más que un esfuerzo por saber lo que pasa en la ciencia, esa comprensión de la realidad está ligada a una epistemología que permita dar soporte al desarrollo de la investigación y del quehacer científico. Por ello, este texto surge como una breve y pedagógica introducción para el joven estudiante de Comunicación Social y Periodismo que confundido, muchas veces, se queda en las puertas de entrada del debate filosófico y humanístico que hay alrededor de la ciencia, absteniéndose de participar activamente en la palestra epistemológica y, lo que es aún peor, sustrayéndose a la responsabilidad de conectar la ciencia con el mundo.

Palabras clave: Epistemología, periodismo, divulgación científica, realismo, antirrealismo, principio de mediocridad.

Desde hace varios años el oficio del periodista y del comunicador ha cobrado mayor relevancia en el mundo contemporáneo. Tal papel, sin embargo, está ajeno a la profundidad. Importancia y hondura son palabras que se muestran en la realización de un profesional en comunicación como términos antinómicos o inversamente proporcionales, para decirlo en señales claras de lo que puede ser una caracterización de nuestra cultura.

Como cada vez se hace más extraño que los profesionales sean famosos y profundos a la vez, entonces el abismo que atraviesa las consideraciones sobre ellos se hace también más grande. La relevancia o fama que puede tener un comunicador se ha venido conectando rápidamente con el carisma o la gracia, cierto donaire o, tal y como se dice popularmente, también por el hecho de llegar a ser tristemente célebre. En tal medida, la profundidad puede

1 Luis Felipe Valencia Tamayo, escritor, profesor de Literatura y Humanidades en la Universidad de Manizales. Magíster en Filosofía de la Ciencia y del Lenguaje (Universidad de Caldas), con intereses investigativos en el arte, la filosofía, la historia, los lenguajes, la literatura, la sociología, entre otros. Correo electrónico: lufevata@hotmail.com

ser más bien un defecto, un resabio que debieron tener los hombres de otras épocas, porque los de hoy necesitan personajes arriesgados que digan lo que piensan sin pensar, que tuiteen lo que se les ocurra sin parpadear, que decoren con una sonrisa (o un emoticón) el placer de su propia firma.

A veces esta importancia puede ser inofensiva. Fungiendo como conductores, anfitriones, presentadores, opinadores, columnistas o editorialistas, su fama en un buen número de ocasiones se establece como un valor irrefutable del entretenimiento y de la condición por la cual la publicidad ha triunfado sobre el pensamiento. Y en ello no hay mucho problema, si bien a veces pueda suscitar la interpretación de un malestar que merece mejores remedios. El periodismo y el rol del comunicador profesional, en términos concretos, al asumir una carga en la que muchos asuntos terminaron cayendo en sus manos, ha intentado sobrevivir haciendo malabares. Y solo es ver la agenda por la cual se puede interpretar la formación de un estudiante de algún programa de Comunicación: de todo un poco, como para que el mundo sea su mejor espacio de maniobra.

Esto, como se ha mencionado, no es realmente agravante, si bien hace que los profesionales que se forman sean mucho más vulnerables a lo que desde diferentes estamentos -usualmente los más poderosos- se quiera hacer con ellos. Tampoco es un asunto que se pueda resolver desde las especializaciones que día a día aparecen desde diferentes escenarios. Puede hacerlo, claro, pero el punto fundamental involucra la verdadera convicción que un joven periodista tenga por encarar el mundo y sus complejas dinámicas de una manera mucho más profunda, algo que en la academia contemporánea pasa a ser solo un asunto de unas pocas semanas.

La convicción de la que hablo involucra la vida misma, la pasión, el deseo de revisar y cuestionar lo que se ha intentado hacer con el propio pensamiento, desde afuera y desde adentro. No es una cuestión de agenda ni tampoco de un par de trabajos; es, sencillamente, un asunto que debe consolidar la verdadera búsqueda de la verdad y el placer mismo por intentarlo, porque eso es lo que la humanidad ha hecho, intentarlo.

La llegada del siglo veintiuno trajo, a la par, una serie de acontecimientos para los que apenas si se podía pensar que había una conciencia. Desde las revoluciones sociales de las viejas colonias de siempre, que han traído migraciones y fenómenos de violencia de muy variado tono, pasando por las consecuencias de una real transformación en las formas en las que interactuamos, y llegando a los desafíos que impone una naturaleza y un planeta que reivindican su fuerza y su respuesta tras décadas de sometimiento, la humanidad se encuentra hoy en un estado muy cercano a la perplejidad ante el presente y el mañana. Muchos han decidido hacer oídos sordos a lo que pudieran ser los jalones de orejas de las voces del pasado y ahora el hombre parece invitado, sencillamente, a querer nadar en unas condiciones extremas, sobreviviendo ante las más crudas incertidumbres.

Si sumamos a este fenómeno el desplazamiento de las fuerzas más urgentes del pensamiento humano, la de los intelectuales y los científicos, nos encontramos, de alguna manera, como huérfanos de miradas honestas e integrales que nos ayuden a comprender todo lo que hoy pasa y, como se dice popularmente, todo lo que se nos viene encima. Ese desplazamiento -no sobra también comentarlo- ha estado ligado tanto a las repercusiones de los medios

de comunicación y sus usos como al gradual desprestigio en que fueron cayendo las voces de los pensadores tras épocas en las que lo que se sentía era su apoyo a las ideologías que fundamentaron los desbarajustes y guerras de los últimos dos siglos.

Como si se tratara de un juego en el que los equipos tienen titulares y suplentes, en remplazo de las personalidades del pensamiento que desempeñaban un papel continuo de interpretación del mundo y sus dolencias, los periodistas y comunicadores han entrado a jugar y sus posiciones y declaraciones son ahora tomadas como las voces autorizadas para entender lo que pueda ser el mundo. Piénsese solo en el hecho de que es muy difícil hallar ahora un partido político en el que se encuentre un pensador serio. Lo que se nota es que ha crecido el número de publicistas, comunicadores, jefes de prensa, periodistas, que se han venido a poner la camiseta que en buena medida llegaron a usar los intelectuales de otrora. Y eso solo mencionando el caso de la política y tomando un ejemplo general. Los casos particulares abundan en los rasgos definidos de lo que se hace con una cuenta en una red social, con un afiche o una campaña publicitaria.

Sin embargo, este mismo hecho, paradójicamente, va suscitando una serie de consecuencias cada vez más interesantes de analizar, no solo desde la sociología, sino desde la comprensión psicológica como histórica de lo que somos. La llegada a la *Casa Blanca* de un presidente como Donald Trump, por ejemplo, ha generado una serie de rupturas con las visiones y lecturas del mundo que se van tendiendo desde estos nuevos horizontes políticos de los medios de masas y las cuentas en redes sociales. Algo provechoso va saliendo de las torpezas, seguro. Por lo mismo, se hace urgente que quienes se van formando en carreras como la del periodismo y la comunicación social determinen mucho mejor sus cauces epistemológicos y los senderos por los cuales pueden ir llevando su pensamiento. Desprevenidos, los periodistas solo pueden terminar siendo portavoces de cuanta tontería se ofrece como “voz oficial”. Avisados, un despertar a la claridad y la crítica misma puede irse afinando de cuenta de la renovación de una vieja convicción: vale la pena buscar la verdad y aclarar lo que realmente ocurrió.

Profundidad

En primer lugar, y para dar una dosis necesaria de claridad sobre este punto: todos los seres humanos, de todas las épocas de la historia, somos ampliamente superficiales. En otras palabras, también se puede decir que cada quien es libre de ser tan superficial como lo quiera. Las honduras del conocimiento y de las cosas que realmente podemos saber son tan inalcanzables que resulta difícil dimensionar qué es lo que significa ser profundo. Sin embargo, podemos hacer una indagación sobre este asunto para animar, así, una formulación de lo que puede ser una búsqueda de la profundidad como horizonte epistemológico.

De la historia que lleva la humanidad poblando esta parcela del universo, llevamos muy escaso tiempo. Ese corto recorrido, no obstante, resulta ser un complejo escenario en el que se han dado una serie de fenómenos que, en muy diversas conexiones, nos llevan por el camino de las sucesiones, los legados y los aprendizajes de lo que ha ocurrido. En ese plano, solo en ese plano, hay mucho por indagar y cada vez resulta más arduo concretar la definición de lo que realmente ocurrió.

También tenemos como escenario de nuestras intrigas el mundo mismo, la naturaleza, el entorno y la comprensión de todo lo que hay. Lo que nos rodea, por más que nos acostumbremos a ello, es un panorama del que difícilmente podemos salir bien librados si se nos pregunta qué es lo que ocurre allí. La revisión detallada del panorama da para que despertemos a una inclemente ignorancia: ¿qué pasa en un área del patio en el que parece darse un universo de insectos? ¿por qué los comportamientos de los demás son cómo son? ¿cuáles son las razones de ser del día, de la noche, del movimiento, de la luz? Todos podemos sobrevivir sin las respuestas a preguntas como esas, pero el asunto está en que la humanidad ha intentado por todos los frentes tratar de profundizar en las indagaciones al respecto.

Creo que ya se va entendiendo eso de que todos podemos ser tan superficiales como queramos. Sí, es nuestra libertad. Pero, a pesar del complejo universo que en silencio impone desafíos cognitivos, es viable ir aclarando el panorama para dar respuestas que ubiquen posibilidades de entender y hasta enfrentar la crudeza del entorno. Cada vez que nos planteamos preguntas acerca de las causas y las razones que llevan a que las cosas se den de la manera en que se dan, hay una determinación por satisfacerse con lo que se ofrece como respuesta inicial y con lo que se puede cotejar en la indagación que todo tipo de posibilidad ofrece, y, no obstante, en el simple ejercicio, sea cual sea el camino que se tome, un principio socrático se ofrece como comprensión inicial de la profundidad: «Solo sé que nada sé».

¿Conocemos realmente por qué funciona el cosmos del modo en que lo hace? ¿sabemos por qué la vida tiene las “reglas” particulares que plantea? ¿entendemos por qué las palabras, el lenguaje, el cerebro, se insertan en discusiones, argumentaciones, corrientes del pensamiento, de la manera en la que así lo muestran? A todas esas preguntas se responde con un sano “sabemos solamente un poco”. Lo que desconocemos es tan impresionante que con solo darnos cuenta de ello se activa en nuestras mentes la simpleza de todo lo que supuestamente creemos saber.

Y allí se inicia la búsqueda de la profundidad. A medida que atravesamos las diferentes etapas de la existencia y puestos a punto por medio de la educación, nos adentramos en diversos horizontes del conocimiento que involucran que alguien (o algunos) ha hecho un trabajo previo en nuestro beneficio. Sin Aristóteles, sin Galileo, sin Newton -por mencionar solo tres nombres que llegan fácilmente al pensamiento- no seríamos lo que somos. Y ellos sí que eran conscientes del gran vacío cognitivo que involucra pensar el misterio del mundo. Abonar el camino para que nuevas generaciones se integren mejor a lo que puede ser aquella comprensión es también parte de su legado. Hasta sus errores son parte fundamental de su herencia: una forma básica de entender por dónde van y no van las cosas.

Por todo ello, concretamos que el hecho de ser profundo involucra, llanamente, un deseo de reconocer el misterio del universo y enfrentarlo para, ojalá, poder tener mejores respuestas que las que da la mera intuición. La fortaleza que subyace en la caracterización de la profundidad radica principalmente en ir dándole al pensamiento un plano de ejecución en el que, si bien aparecen muchas ideas, no todas pueden ser una interpretación cognitiva de la realidad.

Este es un principio que hace ya varios siglos se conoce como “Navaja de Ockham” y lo que en pocas palabras dice es que, si queremos pensar la realidad, debemos dejar de tragarnos todas las ideas -incluidas las nuestras- que llegan al pensamiento. Si bien este es un principio que brinda

un respaldo al pensamiento científico, estoy seguro de que a todo ser humano, y más a un periodista, le viene muy bien aceptar este procedimiento previo a cualquier tipo de especulación.

La “Navaja de Ockham” no cierra las puertas a la comprensión de lo fantástico ni rechaza las ideas más irreverentes que puedan involucrar pensar el cosmos y el universo, no, y en ello puede haber una serie incomprensión de lo que es este principio procedimental. Lo que indica la “Navaja de Ockham” es que primero debemos trabajar sobre las explicaciones más simples que se dan de los fenómenos para luego, si es del caso, ir escalando a las habituales invocaciones de una mente que gusta fantasear un poco en torno al mundo.

Para situar un ejemplo que pueda servir de correlato a cualquier tipo de disquisición con la que podamos encontrarnos, piénsese en una desaparición. Los casos comunes en los que una persona desaparece son todos unos quebraderos de cabeza para quienes esperan noticias de sus seres queridos perdidos. La mente empieza a buscar respuestas e infatigable va tejiendo historias a partir del simple escenario de las posibilidades mentales. Un desaparecido, para la mente que comienza a intrigarse, conlleva cientos de respuestas, la mayoría, rara vez acertadas. La “Navaja de Ockham” implica acercar la mente a las opciones más cercanas al hecho mismo de la desaparición y sus causas, lo que implica un trabajo metodológico en el que la serenidad y la duda sean características valiosas. ¿Se niega por ello el hecho mismo de que las causas de la desaparición sean fantásticas, religiosas, extraterrestres, mágicas? No, “La navaja de Ockham” no implica esta negación pero sí orienta la discriminación de las causas en un orden que, buen número de veces, se salta lo que la mente primero ofrece. La intervención divina, los ovnis, atravesar umbrales entre universos múltiples y cosas por el estilo no queda por fuera del marco de posibilidades, pero se les da a cada una su lugar tras haber demostrado que el desaparecido no está en sitios mucho más “terricolas”.

Uno de los problemas recientes del periodismo ha sido el hecho de que, por puro amarillismo, porque es realmente atractivo, se ofrezcan las posibilidades fantásticas, religiosas o esotéricas, como parte de los postulados que *puedan* explicar las razones de que ocurran ciertas cosas en este mundo. Sin embargo, así funciona muy bien la ficción, las historias de súper héroes, de alienígenas, de mundos en los que los hechizos y los poderes mágicos son parte fundamental en el desarrollo de la trama. Los *X Files*, aquella serie de los años noventa en la que dos detectives se enfrentaban semana a semana a difíciles casos que tenían que resolver, es un buen ejemplo de cómo se pueden aterrizar las investigaciones. Es ficción, lo sabemos, pero caracteriza el uso de “La navaja de Ockham” en el modo, exactamente, en el que procede la investigadora Dana Scully. Para ella, las pistas, la entrevista de testigos y de sospechosos involucra que las causas de un fenómeno se den dentro de unas condiciones específicas de aclaración: las condiciones de la racionalidad -sí, este es un término que hay que explicar-. Al contrario, su compañero, Fox Mulder, indica con sus procedimientos que lo que quiere lograr es involucrar en su trabajo una serie de revelaciones de corte metafísico para las que solo cabe el concepto de irracional. Fox Mulder, sin hacer uso del principio de “La navaja de Ockham”, hace su investigación comenzando por lo que debería ser el final. La serie, como parte de su atractivo ficcional, privilegia las interpretaciones de Mulder como medida de un guion que deja siempre el camino abierto a lo desconocido, al más allá como parte latente de interpretación del más acá.

Hechos/Intuiciones, sensaciones, impresiones

El ejemplo anterior me ha servido en varias ocasiones para señalar los contrastes que pueden surgir en la visión que los seres humanos tenemos de las cosas. Y allí se acentúan, además, dos visiones que, en su contradicción, revelan el enfrentamiento que podemos tener en la mirada de los mismos hechos. Los símbolos, los elementos de la vida cotidiana, los sentidos de una creencia o del mismo escepticismo condicionan continuamente el debate sobre cómo es que vivimos y construimos algo llamado conocimiento.

En esta situación, muchos han llamado a la anarquía epistemológica. Mitos, religiones, doctrinas, corrientes, disciplinas científicas, tradiciones y rituales vienen a verse, en aquel llamado, como partes de un decorado en el que nadie tiene “más razón”, sino que todos los enfoques se presentan como igualmente “razonables”. No hay que negar que este tipo de especulación sobre la diversidad del mundo tenga su atractivo y, por qué no decirlo, hasta suena decente para dar un clima de validez a la interpretación del misterioso mundo. Sin embargo, es difícil construir conocimiento o tratar de acercarnos a la verdad de lo que somos y de lo que hay si sencillamente nos dejamos atraer por aquel peculiar llamado.

Por un lado van los hechos del mundo y por otro van las interpretaciones y opiniones que podamos tener sobre ellos. Sé que mucho se ha hablado en las últimas décadas sobre la verdad de los hechos en un mundo que parece condenado a la manipulación de los mismos por cuenta de los políticos y también, con un gran sentido de culpa, de los medios de comunicación. No obstante, caer en el engaño de que no vale la pena explorar lo que realmente ocurrió porque el panorama es oscuro solo trae terribles consecuencias para la validación del conocimiento. La validación o no de los hechos se impone como uno de los puntos principales en la agenda de toda investigación. Y con ello no solo me refiero a la investigación científica, sino también del periodismo y de las disciplinas que, cada vez con mayor amplitud, parecen ajenas a la validación de información, como la historia.

Se pueden exponer continuamente opiniones sobre lo que creemos es el mundo y la realidad, se puede demostrar sensibilidad por las cosas que rodean la vida cotidiana -para bien o para mal, como lo he señalado, todo nos puede afectar de diferentes maneras-, pero ello no hace que los hechos ni el mundo, ni mucho menos la realidad, se comporte a nuestro antojo. Ni al antojo de nadie. Siempre resulta más sencillo opinar y decir de las cosas del mundo. Lo difícil es ampliar el horizonte de la experiencia cognitiva por medio de una meticulosa indagación. Tal vez animados por los resabios de los políticos, muchos periodistas terminan habitados por estos mismos síntomas de enfermiza relación con la realidad. Y allí no solo se enraízan problemas profesionales, sino ejemplos perniciosos de construcción de pensamiento y de crítica.

Esto no quiere decir que lo que se diga del mundo, de cuenta de una investigación rigurosa y bien pensada, sea siempre cierto. Para nada. Ese es uno de los rasgos especiales de la construcción del conocimiento: esta construcción es inacabada; lo que se desarrolla no se convierte en verdad absoluta. Entonces, muchos se preguntarán con cierta desazón, ya que las opiniones no son conocimiento y ya que tampoco las posturas que son consecuencias de la indagación sobre la realidad pueden garantizar la verdad, ¿por qué se le debe dar preeminencia a estas

consecuencias sobre las opiniones? La respuesta puede sonar un poco extraña, pero parte de un uso simple de nuestro razonamiento: porque esas posturas son la mejor opción disponible.

Para apoyarnos en el camino de la construcción del conocimiento podríamos quedarnos contentos con opiniones y sensaciones, “corazonadas” de todo tipo, pero el espacio de las teorías científicas y del conocimiento se conecta con la invocación de un deseo de disponer de mejores herramientas para enfrentar nuestra latente ignorancia sobre lo que ocurre. Todos los fenómenos pueden tener explicaciones surgidas de opiniones, intuiciones que hombres, por su jerarquía, posición, autoridad, por ejemplo, han impuesto como fórmulas para comprender lo que ocurre. Y socialmente, muchas son las comunidades que se han apoyado en esas fórmulas sin reprocharles absolutamente nada. Por temor o por pereza, buena parte de la historia de la humanidad ha estado ligada a este enfoque del conocimiento. Pero la reivindicación de la investigación hace parte de una intuición también muy humana aunque a veces opacada, la idea de que podemos replantear y conocer mejor lo que ocurre. Vamos a los hechos y no a las sensaciones. Estudiémoslos, démosles vueltas, dudemos de lo que se ha presentado como oficial.

Un periodista que solo sirva de eco para las opiniones de los políticos, un periodista que se cierre a la investigación profunda y a la contrastación de lo que se la ha querido vender como verdad, se comporta más como un jefe de campaña. Deja de ser el promotor de la inquietud misma por la comprensión del mundo y se afina en el infinito rumbo de las opiniones. ¿Lo que dices es una opinión, está atado a una sensación, a una corazonada? o, al contrario, ¿lo que dices y hasta lo que escuchas o lees se fundamenta en una visión crítica del mundo en la que vale la pena contrastar lo que se ofrece?

Como el mundo no se comporta al antojo de las opiniones de nadie y siempre hará sonrojar -es lo mínimo- a aquellos que simplemente han vendido humo como conocimiento, a la larga la verdad irá mostrando sus destellos y hará quedar en ridículo a aquellos que simplemente opinaron. Ha sido una característica creciente en los medios y, en el cada vez más extendido uso de las redes sociales, la efervescencia de la opinión. Se dice mucho, como en un afán de demostrar que, de acuerdo con los credos liberales, todos tienen voz. Se opina desde lo más simple hasta lo más complejo. Nada tiene el mínimo filtro. Sobre la lesión de un jugador, sobre una convocatoria, sobre políticas públicas, se hacen pronósticos acerca de todo lo que vendrá; se opina sobre esto y aquello, se abren “urnas virtuales” para intentar definir unas mayorías y unas minorías que nada dicen en términos generales y, lo que es aún más diciente, que nada representan en términos de las condiciones bajo las cuales se dan y se legitiman los actuales rumbos de la sociedad. El único hecho constatable aquí es que el opinómetro ha sido encendido; de otro lado, los hechos siguen esperando muchas mejores exploraciones.

Y lo triste es que cuando deberían tomarse en cuenta las mejores explicaciones sobre lo que ocurre, rara vez se tienen en cuenta, y esto porque nadie se está tomando el trabajo de leer los documentos juiciosos, extensos, que han batallado hasta contra el facilismo de las opiniones iniciales. En esta distorsión entre lo que ocurre y lo que se opina, los políticos resultan ser los especialistas, pasando por encima de los mejores estudios, las indagaciones pacientes, las contrastaciones rigurosas que hablan a cabalidad de un espíritu científico que, menos mal, persiste a pesar de las irreverencias y los arrebatos del posmodernismo y la “posverdad”.

Un ejemplo reciente y, a la vez muy elocuente, es la posición del presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, acerca del cambio climático y las investigaciones que indican que el planeta atraviesa uno de los momentos más abrumadores de toda su historia. Con la seguridad habitual que por sí sola convence a los que solo quieren escuchar una opinión, ha hecho de su discurso una visión sobre los hechos del mundo. Los que mejor entienden lo que viene ocurriendo con la Tierra saben que el presidente opina como un ciudadano cualquiera; sin embargo, ahí es precisamente cuando se logra sentir que el peso de ciertas opiniones sobre ciertos hechos puede llevar a desastrosos resultados.

Recuerdo que algún profesor solía decirme en una de sus clases que las opiniones de los filósofos van y vienen, no tienen problema, sus decisiones en torno en qué creer y por qué no tienen en realidad relevancia, pero que no se puede decir lo mismo de quienes con su poder hacen depender la vida de los demás. Allí es donde el buen criterio tiene que hacer lo suyo, pues nadie espera que un médico, un ingeniero o un presidente, simplemente opine y haga lo que su ignorancia le ordene. Los hombres que se adentran en el mundo, lo conocen, lo investigan, ofrecen un criterio para valorarlo y enfrentar las dificultades; los que no, simplemente opinan. Hay amplia diferencia en ello y, por lo mismo, un periodista debe ser cada vez más consciente de lo que implica la opinión (obra de la sensibilidad, las impresiones, las intuiciones) y el criterio con el que se puede entender un hecho (obra de la investigación, la meticulosidad y la contraintuición, inclusive).

Realidad y Verdad

La realidad y la verdad son dos términos con los que nos enfrentamos continuamente los seres humanos. Los damos por parte de nuestra forma de entender la vida; los usamos como muletilla, como vehículo de orientación de ideas, así como cuando decimos “en verdad...”, “en realidad...”; sin embargo, puestos a pensar en ellos ya dejan de ser tan simples y se convierten en términos “en verdad” problemáticos. La epistemología tiene que ver con ellos y, a diferencia del resto de las disciplinas, los toca con pinzas.

Para ahorrarnos discusiones e introducciones que bien podrían llevarnos muchas más paginas de discurso, el periodista debe sencillamente asumir que la realidad está ahí y que es posible hallar los caminos por los cuales se puede esclarecer la verdad. Y no es que el periodista deba evitar convertirse en filósofo, para nada, pues le viene bien la inmersión en estas lecturas, sino que puesto a trabajar con juicio debe orientar sus propósitos como un médico ante su paciente, como un científico ante la exploración del mundo que lo rodea. Para estos, el enfermo está allí, se puede interpretar su dolencia y se puede elaborar un tratamiento; para estos, el mundo tiene ciertas condiciones que se pueden comprender, regularidades de las que se pueden extraer fórmulas, teorías, leyes.

Cuestionar la realidad como algo “ahí afuera” puede ser un elemento fascinante en la historia del pensamiento y en el debate epistemológico, pero en la práctica conlleva terribles consecuencias. Asumir que la realidad “está ahí”, que nos rodea y que es percibida por nuestros sentidos, es un principio fundamental del realismo, una corriente que es base de la estructu-

ración del pensamiento científico. ¿Se puede ser antirrealista? Sí, claro, conceptualmente se puede ser tantas cosas; no obstante, asumir las consecuencias de la determinación antirrealista (que la realidad no es, que la realidad está en la mente, que todo lo que se quiera decir de la realidad es válido porque no se puede demostrar que la realidad “esté ahí”, etcétera) no permite que se pueda aclarar el panorama de la construcción del conocimiento y lo único que se tendría sería una noción interesante para algún trabajo especulativo que, habitualmente, se desarrolla en buenas ficciones. De hecho, en la revisión de un buen número de novelas fantásticas y de ciencia ficción se encuentran elementos que involucren ese tipo de especulaciones, pero igualmente las novelas, como objetos de lectura en este mundo, en esta realidad, son productos de un trabajo práctico también ligado al despliegue de las ideas científicas.

El realismo, al eludir el problema mismo que representa pensar la realidad (un misterio sin resolver), lo que muestra es el afortunado riesgo de conectarse con lo que hay “ahí afuera” y tratar de comprenderlo. No de otra forma surgen las disciplinas. Es difícil imaginar, en la práctica, a un periodista antirrealista -bien que se puede concebir como personaje de alguna obra posmoderna-, sin embargo, el desconocimiento creciente de herramientas matemáticas básicas, de teorías conectadas con la comprensión de la biología, la geología, la física y hasta la astrofísica, hace que ese personaje sea cada vez más factible. El esfuerzo continuo por hacer del periodista un humanista se ha confundido un buen número de veces en hacerlo parte de las visiones más extravagantes de la comprensión del mundo, cuando, en el orden mismo en el que se van presentando los retos para nuestra propia supervivencia, esas visiones deberían ser una cuestión de uso personal, casi que de entretenimiento.

Lo que hace provechoso al antirrealismo es la fecunda imaginación con la que se puede impregnar el conocimiento, el despliegue de una espectacular condición por la que también nos hacemos característicamente humanos. Pero tal conocimiento no puede equipararse aún al que ofrece regularmente la experiencia científica, con todo y que esta experiencia sea una aproximación y, también hay que reconocerlo, una aproximación que contiene errores. El acercamiento realista está en la base de la aplicación de mentes brillantes como las de Aristóteles, Galileo, Newton o Einstein, y cada vez que la humanidad ha enfocado sus tareas en seguirlos ocurre un fenómeno extraordinario que tiene una doble valoración: aprendemos a ver el mundo con ojos nuevos y, si queremos, en segundo lugar, aprendemos de sus errores para seguir vindicando la exploración por la verdad.

El conocimiento epistemológico

Las preguntas por la realidad y la verdad; las dimensiones del racionalismo, el empirismo; el empleo de la deducción, la inducción, “La navaja de Ockham”, los asuntos de la contrastación a los que cada filósofo y escuela han dado sus propios matices; todo ello hace parte de lo que un epistemólogo debe conocer y aprender a cotejar. Como ya se ha advertido, para un filósofo puede resultar muy encarretador ponerle todas las trabas posibles a la exploración científica del mundo; en buena medida, esa ha sido la interesante historia de la filosofía. Pero no puede ocurrir igual con el periodista.

La rigurosidad del periodista está atada al manejo de pequeños detalles de su formación cotidiana que lo hagan mucho más cercano a la comprensión misma de lo que pasa en los modos de encarar la realidad y la verdad. Si es un periodista que no sabe si él mismo es realista o antirrealista, que no comprende las señales de un pensamiento posmoderno y relativista, o lo que es peor, que no sabe diferenciar una operación matemática de una argumentación, es un periodista que está perdido completamente en su epistemología. Se encuentra vulnerable a cualquier tipo de discurso y propenso a creer que las ciencias y las pseudociencias son casi el mismo asunto.

Y no hay que engañarse creyendo que esto sea solo una cuestión por resolver para aquellos periodistas que piensan en ser divulgadores científicos. La carencia de una cosmovisión y de una epistemología hace que todos los diálogos resulten tortuosos, tanto en la exploración de la ciencia como en los deportes, la actividad cultural, los fenómenos de masas, entre otros. Guardando proporciones, es como el periodista que va a entrevistar a un autor sin haber leído uno solo de sus libros.

Vista así, la epistemología se traduce en una toma de conciencia sobre lo que ocurre tras bambalinas en el desarrollo del conocimiento. Esa conciencia involucra la comprensión de conceptos como los antes mencionados y la lectura entre líneas de lo que implica la refrendación del realismo como base de la experiencia cognitiva. Que la ciencia se equivoca, que está a medio camino -de hecho a menos de medio camino-, que no puede ofrecer certeza alguna de que sus postulados sean la verdad absoluta acerca de la realidad, son apenas tres de las consecuencias que se extraen del acercamiento al realismo científico. Por fortuna, esos resultados permiten una construcción continua del conocimiento en la apertura también al debate y a la crítica que reevalúan los cauces por los que corre la ciencia. Todo lo contrario de lo que se puede decir desde los terrenos de la posmodernidad y las pseudociencias.

En la historia del desarrollo de las ideas científicas son muchas las nociones que han quedado descubiertas como falsedades. Pero esto, para beneficio de cada generación, es una ganancia misma en el desenvolvimiento del conocimiento. Hoy sabemos muchas cosas que nuestros antepasados tomaron como exageraciones y tenemos tecnologías que parecían imposibles para épocas pretéritas. Considerarlas un asunto de suerte, como se hace desde el pensamiento antirrealista, no puede ser parte de una reflexión que dignifique la investigación. También debemos anticipar que muchas de nuestras especulaciones actuales serán miradas como errores del mañana, pero en ello también radica la humildad con la que se ha de caracterizar el progreso de la ciencia: un desarrollo del que nadie tiene la última palabra y que siempre está en construcción. La gran pregunta que puede hacerse es ¿qué tan dispuestos están todos a colaborar?

Los enemigos de la ciencia no solo están en quienes le niegan soporte epistemológico -antirrealistas, irracionalistas, posmodernistas-, también son todos aquellos que desde diferentes esferas -religiosas, políticas, culturales- acusan el desarrollo de la ciencia de todos los crímenes de la humanidad, desconociendo que, a la inversa, es la ignorancia científica la que trae calamitosos resultados en la presentación de políticas, convenios y toda clase de asuntos sociales y humanos. Por ejemplo, tenemos un solo planeta en el cual vivir y la habitual

ignorancia política de la ciencia lo que hace es hacerlo un vividero inviable. Me sorprende muchas veces como, ante las calamidades y desastres naturales que no faltan en la historia, se les pide que hablen a los científicos después de que todo se ha producido. ¿Se les consulta antes de cualquier realización? Poco, tal vez solo lo suficiente para que todo parezca viable. Igual ocurre con la salud; nadie se ocupa de prevenir científicamente la vulnerabilidad de su organismo. Todo llega después, cuando los dolores se hacen crudos padecimientos. Esas son formas irracionales de actuar que afectan la vida de los individuos y de las sociedades por parejo. Es allí donde se podría reflejar en la vida ciudadana el inicio de una cosmovisión científica.

También, a la par, se puede reflejar en la noción de una vida sencilla. No solo en el periodismo, sino en muchas esferas de la vida, hay personas que aún sostienen que la Tierra es el centro del universo y que los seres humanos tenemos unos destinos especiales que cumplir. En cada parcela del mundo se hace aún más estrecho el pensamiento, asumiendo que su raza, su credo, su forma de ver la vida es superior a la de las demás regiones. Se hace normal que muchos periodistas tengan posiciones epistemológicamente insostenibles en las que asuman que el lugar que ocupan es el mejor, que la raza que los rodea es la mejor y que el estado de su sociedad sea el mejor y aún pueda mejorar. Como estas afirmaciones no solo no pueden ser verificables, sino que surgen de un apego festivo por lo que rodea la vida de quien las enuncia, solo hacen parte del colorido y muchas veces ególatra modo de ver las cosas que muchos hombres han tenido por parte de su condición de ciudadanos. La comprensión de que lo que ocurre en el cosmos y en el universo no tiene que ver con el hecho de que lo podamos contemplar, la sabiduría de que la existencia humana se debe a una serie de misteriosas circunstancias y que, incluso, su desaparición no afectaría lo que pueda ocurrir en otros lugares del inimaginable universo, todo ello es parte fundamental de un criterio epistemológico que orienta el camino de las claridades científicas. Esa comprensión es también un principio que vale la pena subrayar: el principio de mediocridad.

Una latente contaminación de nuestro pensamiento son las intromisiones de un ego que gusta sentirse protagonista de todo cuento toca. Con aquel asunto de las opiniones sí que se hace visible ese aspecto. Y hay ciudadanos, periodistas, hombres de todo tipo a los que su ego se les convierte en su principal muralla para entender mejor la realidad. Cegados por sus propias opiniones, los hombres habitualmente se ven a sí mismos como una obra de una inteligencia superior que hace a su propio pensamiento uno signado por un camino lleno de luz. El principio de mediocridad lo que busca es una conciencia particular que defina el pensamiento en torno a la búsqueda de las leyes y regularidades que pueden existir en esto que llamamos vida. En tal sentido, el principio de mediocridad se relaciona con “La navaja de Ockham” y con el realismo como parte fundamental de lo que es la simpleza misma del desarrollo científico, una simpleza que, definitivamente, tiene en su espíritu un noble carácter humilde porque siempre estamos al inicio de la comprensión, no al final. Esa es parte de las bellas consecuencias de la revolución copernicana.

El principio de mediocridad no se refiere a aquella posición que puede tomarse de dejar las cosas a medias o hacerlas mal hechas; al contrario, es la conciencia de que nuestro conocimiento no está completo porque nos rodea el misterio mismo de lo que involucre este desarrollo de algo tan complejo y simple, a la vez, como lo es la vida. El bien, el mal, la belleza, la fealdad,

la justicia, la injusticia, la felicidad, el amor, surgen como asuntos por resolver en el marco de un reconocimiento de que nada de ello tiene algún factor trascendente en el fondo. Esos factores los hemos agregado nosotros como humanidad, bajo diferentes motivos y colores, y comprender por qué lo hemos hecho así pude ubicarnos en una situación en la que la salida sea sentirnos especiales. Lo que el principio de mediocridad nos indica es que es mucho más sensato prevenirse de este tipo de tentaciones y continuar explorando las razones que nos hacen ser como somos con la conciencia de que tal vez no lleguemos a obtener las respuestas. En esa tarea se han ido develando las leyes de la naturaleza, sin embargo, aún muy escasas para dar las conclusiones como cerradas. Hay que mantener la mente abierta para entender que muchas cosas ocurren sin motivo alguno.

Un desafío periodístico

Mucho se dice en torno a la labor del periodista. No hay que ocultar que, en medio de la democratización de las sociedades que ha llegado en estos siglos de la historia, la masificación de los medios y la expansión del ejercicio periodístico, se ha ampliado también el horizonte crítico sobre la labor de quienes participan de los medios de comunicación. Buena parte de las acusaciones radica en la clásica diferencia entre la objetividad y la subjetividad. Si algún periodista saca la cabeza creyéndose muy objetivo, es fácil que desde alguna tribuna se la corten. Si otro dice que su ejercicio es más subjetivo, tampoco puede esperar sobrevivir en la guillotina pública. El verdadero desafío de un periodista radica en la comprensión de su labor de constructor de una sociedad mejor informada, documentada, capaz de entender lo que ocurre y lo que ocurrirá con una empatía grande por la humanidad y el planeta. Si en la realización de esos propósitos recibe acusaciones, al menos puede tener la serenidad para aceptar que todo está sujeto a mejoras y que su oficio es también uno que está en proceso de construcción.

Visto así, el periodista tiene en sus manos un rol educativo del que no puede marginarse. Desde cualquiera de las orillas, el comunicador reivindica su anhelo de ser siempre sensato, objetivo, veraz, humilde y respetuoso en la comprensión del realismo científico. La búsqueda de la verdad y sus despechos, las condiciones del conocimiento humano, los desencantos mismos de la política y de los apegos ilusos a los políticos, el impulso por una mejor educación y la mirada crítica sobre aquellos que la refrenan o la convierten solamente en un negocio, son aspectos que deben estar en la reflexión continua de quienes hacen periodismo. Conexos a esos hay muchos más, pero detrás de todos hay uno importantísimo: la comprensión de su lugar como sujeto cognoscente en el mundo, en otras palabras, la ruta de un ser con una cosmovisión científica.

Los científicos pueden sentir que la distancia entre sus investigaciones y el público sea amplia: es deber de los periodistas acortarla continuamente. Aún debe causar pena que un buen número de personas, por no decir que la mayoría, conciba como más “real” la participación en el mundo de fantasmas y maldiciones, que las condiciones de la contrastación científica y el saber que de allí se deriva. En este caso, el fracaso de la educación ha sido más que noto-

rio, pero en buena parte se debe a que la apuesta por una verdadera aventura pedagógica y de alfabetización resulta mucho más costosa que mantener a las personas con sus, buenas o malas, nociones de lo que pasa. La clave está en que los periodistas sí superen las trabas que la misma educación ya tiene y por la cual los científicos se sienten, tristemente, bastante aislados. La adopción de un criterio científico y de una cosmovisión es, sin duda, una cuestión que va en una mejora sustancial en la forma en que todos podemos habitar el planeta. Con ello, quedan al desnudo y sin socorro las consecuencias de las visiones posmodernas y relativistas que han intentado poner en el mismo sitio todo tipo de saberes; con ello, se aminoran las versiones ligeras, las imprudencias, las calamidades que conlleva asumir un mundo en la completa ignorancia; con ello se desacreditan a los políticos que, con toda su aparatosa seguridad y sin sonrojo, hacen que sus electores terminen creyendo cuanta idiotez les pasa por la cabeza. Pero para que eso comience por lo menos a atestiguar, es necesario que el periodista sea riguroso consigo mismo y con lo que alimenta su conocimiento.

Para lograrlo, hay que emprender una revisión de aquellos conceptos que han marcado la vida misma del pensamiento y que rinden los beneficios mismos del saber científico. La apertura a la discusión personal, a la reflexión misma, incluso al cuestionamiento y a la duda, son la motivación para renovar el camino de la comprensión que hoy el mundo necesita. Poder replantear saberes e historias anquilosadas como certezas incuestionables es un motor fundamental del saber. Revisar los prejuicios y valorar los nuevos elementos que se involucran en la construcción del conocimiento son, a diferencia de lo que se puede creer, fortalezas de la aventura epistemológica. Si hay nueva información que va en contra de nuestras enraizadas opiniones y con ellas se despierta una valoración superior de lo que hay, es justo replantearse, reacomodarse como sujeto que hace parte de un mundo del que aún es muy bueno sorprenderse para generar conocimiento. Esta misma exigencia debe ser compartida con los posibles interlocutores.

A su modo, el periodista -con su claridad científica, con un acercamiento epistemológico cada vez más claro a su oficio, cimentado en las líneas del realismo- debe suscitar un ánimo reflexivo continuo que dé prioridad a la búsqueda de un desarrollo de la ciencia y un estilo de vida que fundamente la misma. Motivar deseos de conocimiento y no de resignación, acercar el debate en los mejores términos y con las mentes más estimulantes, propender por una opinión cada vez más rigurosa y no cercenada por los habituales prejuicios, son la base de un periodismo que reduce la distancia entre lo que la sociedad vive y lo que el desarrollo de la ciencia ofrece como respuestas.

Sé que estos deseos involucran un ánimo educativo en el que todas las fuerzas deberían trabajar con una sola mentalidad y aquí es donde se puede advertir la dificultad de estos procesos. La ciencia tiene aún demasiados enemigos. Solo esperaría, por lo pronto, que usted, querido lector, no fuera uno de ellos. Mas, si lo es, piense si las respuestas que tiene alrededor de ciertos fenómenos son mejores que las que brinda el desarrollo científico o, si al contrario, lo que le preocupa es que tal desarrollo propenda por una comprensión del mundo que a usted lo perjudica. Los enemigos de la ciencia son habitualmente seres humanos a los que no les conviene mucho pensar respuestas más convenientes para lo que sea la vida y la calidad de vida de la gente. Lastimosamente, en el actual estado de cosas, políticos y sacer-

dotes, grupos económicos y sociales, fundamentalismos de todo tipo, mantienen un temor a verse sacudidos de sus posiciones de poder con lo que la ciencia puede decirles. Y lo vemos palpable en el panorama del presunto debate de las ideas que rápidamente se va convirtiendo y degradando en un asunto religioso, económico o político.

Si los medios persisten en hacerle la corte a los principales detractores de la ciencia como figuras que ostentan el poder, entonces la sociedad no tiene un porvenir que pueda dignificar la oportunidad para que lleguen más y mejores generaciones de hombres. El desafío, si bien parece una cuestión que se puede resolver fácilmente -pues cuando se habla de toma de conciencia todo el mundo parece alinearse rápidamente a hacerlo-, lo cierto es que implica una serie de remezones que involucran el acercamiento a una forma de pensar y de actuar continua, en coherencia con la activación de un espíritu crítico plenamente moderno, casi que de un nuevo Renacimiento.

Además de hacerle frente a los mismos detractores de la ciencia, el periodista debe afinar su mirada sobre los actuales retos en el desarrollo de las comunidades. Calentamiento global, cambio climático, enfermedades, vacunaciones, desarrollo sostenible, implementación de óptimos planes de ordenamiento territorial, control y manejo de drogas, medicamentos, pesticidas, reforestaciones, conservación y cuidado de recursos, la calidad del agua potable; cada asunto supone un lugar en la agenda de los comunicadores y periodistas juiciosos. Y a la agenda se seguirán sumando más y más temas por ir aclarando.

Una saludable cosmovisión no es solo una característica de la que deben hacer gala los científicos más refinados, es un deber ser del pensamiento y de la ciudadanía. El periodista, en la obtención de los datos que orientan la información y en el uso mismo de aquellos, se confronta a sí mismo en su vocación de querer una sociedad que pueda decidir mejor y que tenga valores del pensamiento científico que mitiguen los riesgos de caer en manos de los diferentes frentes que se han plantado como enemigos de la ciencia. El debate epistemológico está bien, hace parte de las raíces mismas de la filosofía y de las humanidades; la crítica y las disquisiciones entre las corrientes intelectuales también logran hacer su apuesta por una cuestión metafísica de amplias repercusiones; sin embargo, el periodista, en su juicio, hace de su labor y de su encuentro con el mundo, uno cimentado -ojalá cada vez más responsablemente- desde el realismo.

Por ello, desde los medios de comunicación, la prensa, la televisión, la radio, se exigen periodistas que estén a la altura de las interpretaciones realistas de lo que ocurre. Aunada a una labor urgente de mejor divulgación científica, la consolidación del periodismo que, en cualquier sala de redacción, reivindique el debate con sustento epistemológico pasa por una de las fortalezas en la formación misma de los comunicadores que pasan por las aulas de los programas de Periodismo del mundo. Sacudirse de la incompreensión y emprender esa interesante aventura que lleve a una mejor lectura del debate filosófico y de lo que hoy hacen los científicos es, más que un detrimento, un patrimonio mismo de la formación humanística.

Referencias

- Alcíbar, M. (2017). ¿Por qué la divulgación científica es la Cenicienta en el Reino de la Ciencia..., y debería dejar de serlo? Blog *La torre de marfil en ruinas*. Disponible en versión online de la revista *Investigación y Ciencia*. <http://www.investigacionyciencia.es/blogs/ciencia-y-sociedad/98/posts/por-qu-la-divulgacin-cientfica-es-la-cenicienta-en-el-reino-de-la-ciencia-y-debera-dejar-de-serlo-15173> (Recuperado el 20 de febrero de 2017).
- Bunge, M. (1985). *Seudociencia e ideología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bunge, M. (1996). *Intuición y razón*. Buenos Aires : Editorial Sudamericana.
- Bunge, M. (2006). *A la caza de la realidad: la controversia sobre el realismo*. Traducción de Rafael González del Solar. Barcelona: Gedisa.
- Bunge, M. (2010). *Las pseudociencias*. Traducción de Rafael González del Solar; prólogos de Alfonso López Borgoñoz, Cristina Corredor y Rafael González del Solar. Navarra: Laetoli.
- Carter, Ch. (1993). *The X-Files*. [productor serie de televisión]. Ten Thirteen Productions, 20th Television, 20th Century Fox Television.
- Dunbar, R. (1999). *El miedo a la ciencia*. Traductor Miguel Ferrero Melgar. Madrid: Alianza Editorial.
- Feyerabend, P. (2003). *Provocaciones filosóficas*. Introducción, traducción y edición de Ana P. Esteve Fernández. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Maxwell, N. (1984). *From knowledge to wisdom: a revolution in the aims and methods of science*. Oxford, New York: Basil Blackwell.
- Newton, W. H. (1987). *La racionalidad de la ciencia*. Traducción de Marco Aurelio Galmarini. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Rescher, N. (1993). *La racionalidad: una indagación filosófica sobre la naturaleza y la justificación de la razón*. Traducción de Susana Nuccetelli. Madrid: Editorial Tecnos.
- Rescher, N. (1993). *Los límites de la ciencia*. Traducción de Leonardo Rodríguez Duplá. Madrid: Editorial Tecnos.
- Rescher, N. (1999). *Razón y valores en la era científico-tecnológica*. Compilación e introducción de Wenceslao J. González. Traducción del inglés por Víctor Rodríguez [et al.]. Barcelona: Ediciones Paidós, I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Valencia, L. F. (2012). Chesterton y los crímenes milagrosos. Revista *Filo de Palabra*, (Núm. 12), 11-21.
- Valencia, L. F. (2016). La naturaleza de la ficción. Revista *Escribanía*. Año 19, Vol. 14, (Núm. 1), 43-50.